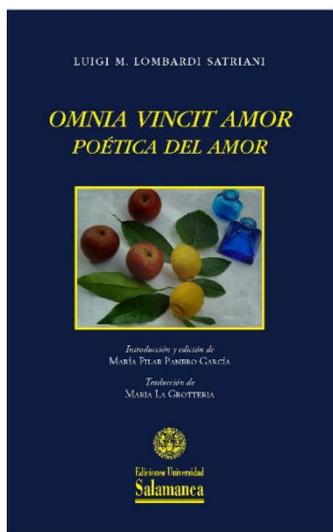


Luigi M. Lombardi Satriani, *Omnia vincit Amor. Poética del Amor*, Salamanca, ed. M.^a Pilar Panero García, trad. Maria La Grotteria, Ediciones Universidad de Salamanca, 2021, 181 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.14.2023.971-974>.



El italiano Luigi M. Lombardi Satriani (Briatico, 1936-2022) se encuentra entre los intelectuales y humanistas europeos y occidentales que necesitan recurrir a la poesía, para completar, de algún modo, su itinerario vital e intelectual. No es el único. Podríamos citar no pocos más ejemplos.

Es como si el sesgo intelectual, investigador, docente... se quedara incompleto, si no estuviera acompañado por una tarea de creación verbal. Una tarea de creación—y cuál puede ser más alta que la poesía— para tomar el pulso psíquico, anímico, emotivo, al propio estar en el mundo. Porque la poesía, cuando es verdadera, expresa la temperatura existencial de quien la crea.

En *Omnia vincit amor. Poética del amor*, su último poemario, editado y excelentemente introducido por la profesora de la Universidad de Valladolid María Pilar Panero, traducido Maria La Gotteria y editado por la Universidad de Salamanca, el gran antropólogo italiano Luigi M. Lombardi Satriani, para plasmarnos y verbalizarnos líricamente esa

temperatura existencial a la que acabamos de aludir, opta por uno de los machadianos universales del sentimiento: el amor; pero acompañado por otro de tales universales, que el propio Antonio Machado no olvidara: el tiempo (la poesía—nos diría el poeta sevillano— es la palabra esencial en el tiempo.)

Y lo hace —no podía ser menos, tratándose de un poeta italiano, que tiene tras de sí una tan enorme tradición literaria y poética— optando por el sesgo clásico; en varios sentidos: por una parte, nos encontramos ante poemas de dicción clara, en los que la expresión y todos los recursos expresivos se hallan al servicio del contenido que se quiere comunicar (podríamos hablar, en un sentido amplio, de una tradición poética conceptista); y, por otra, tratándose de una expresión del sentimiento amoroso realizada por un poeta italiano, detrás ella tenía que aparecer, era inevitable, la sombra del *Cancionero* de Petrarca.

Amor y tiempo. Estos son los dos universales que trenzan *Omnia vincit amor. Poética del amor*, de Luigi M. Lombardi Satriani. Y, al tiempo, de modo coherente, el poemario en su estructura externa y casi mitad por mitad, se articula en dos grandes núcleos. El primero es titulado por el autor “Cognición del tiempo”; mientras que el segundo lleva por título “Cancionero: crónica de un Amor”.

Hay dos términos en sendos títulos que nos aportan claves: “cognición” nos lleva a ver la poesía como conocimiento, como indagación en la realidad, en el mundo y, al tiempo, en el propio yo. Mientras que “crónica” nos lleva a un relato de hechos, a una indagación en lo real verdadero. Así, pues, el poemario establece otro nuevo dualismo: conocimiento y crónica.

Pero, para entender también el carácter de este poemario, hemos de buscar una poética, un modo de entender la poesía por parte del propio autor. Y tal poética, sí, se nos proporciona en un texto final, en prosa, de cierre de la obra, titulado: “Deseo de futuro. Notas del autor”.

Curiosamente —y de nuevo nos encontramos con otra muestra del sesgo clásico del libro, que ya aparece hasta en el propio título—, Lombardi Satriani se adhiere y nos proporciona un modo de entender la poesía en clave horaciana, ya que adopta la poética del *non omnis moriar*, cuando indica: “La poesía, en efecto, dilata el tiempo y vence, de alguna manera, a la muerte, superando su irrevocabilidad”, etc.

Si el amor es el motivo central de este poemario, ¿qué sentido le otorga el autor?, ¿por dónde nos lleva? Él mismo alude a su carácter poliédrico,

tanto en el ámbito realista y simbólico, como en el metafórico. De ahí que termine expresando en plural tal universal del sentimiento: Amores.

Pero el amor, todo amor, está impregnado por el tiempo. Y, ay, con el paso del tiempo todo se desvanece, pues conduce a la muerte de modo inexorable. Y el poeta nos realiza, en este sentido, una confesión: “El tema de la muerte ha marcado trágicamente mi existencia”. Y nos proporciona algunas pinceladas biográficas, para demostrar tal aserto.

Hay un anhelo en el decir del poeta y es que obedeciera a ese don que se supone adquirido en la vejez, en la senectud, el de una “sabiduría apaciguada y serena”. En este sentido, sí que percibimos que en este poemario hay un decir meditativo, un decir de la memoria, apaciguado y sereno casi siempre —concedámoslo—, en el que el autor recurre a la rememoración, incluso en no pocos casos a una suerte de relato, para trenzarnos ese decir que no busca la intensidad emotiva, sino una suerte de meditación vitalista, sí, pero también de aceptación de un final de existencia.

Términos y expresiones como “edad avanzada”, “tiempo de balances”, “proceso de recuerdo”... se contraponen mucho a ese “Deseo de futuro” como titula el autor su texto prosístico de cierre. Ese deseo de futuro, sin duda, tiene implícitamente que ver con ese ‘non omnis moriar’ horaciano, que subyace bajo el poemario y que expresa, soterradamente, un anhelo de permanencia, siquiera de pervivencia verbal.

En todo poemario —también en *Omnia vincit amor. Poética del amor*—, hay una melodía verbal para llevarnos a un estado psíquico, a un estado emotivo, a un estado anímico. Y esa melodía se vuelve plena, cuando la palabra del poeta resuena en el lector.

Lombardi Satriani expresa la herida del tiempo. Habla de su carrera, de los momentos amontonados, de antiguos equilibrios, de rememoraciones de seres próximos y de espacios, del cuerpo acogedor, del sueño junto al tú y junto al vosotros... y, claro, el tiempo termina siendo ese río impetuoso que nos lleva.

Pero el poeta, arrojado como se siente —como todos— en ese impetuoso caudal que nos arrastra hacia la muerte y el olvido, busca un sentido de luz, y aquí se agarra a ese asidero del amor como salvación humana. “Quisiera ser tu estrella polar” —indica; y esa es la estrella, como bien sabemos, que orienta en la noche, que hace que el ser humano no se pierda.

Esa estrella guiadora es el amor, “el Amor por ti”, con mayúsculas, porque es el sentimiento que hace temblar y conmover —como Leopardi

expresara— a todo el universo. Pero en el amor, más allá de cualquier idealismo petrarquista, hay siempre una corporalidad, que el poeta también plasma y no desdeña: “Tengo mis manos llenas de ti, / de tu cuerpo / acariciado por horas”... Y, de esta corporalidad, nace el eros (“mientras hacíamos el amor”). De ahí que, en más de un momento, aparezca la sangre como símbolo, como impulso vital y vértigo existencial. Pero también se nos dan diversas imágenes —de ahí la alusión del autor a lo poliédrico del tema— del amor como bálsamo, como otorgador del sentido más profundo del ser humano.

Pero, a lo largo del transcurso del poemario, hay también un entretrejido de cultura, de culturalismo —como otro itinerario existencial, en el fondo; como algo que también otorga sentido al ser—, en el que aparecen hilos literarios, artísticos, cinematográficos..., en los que el poeta apoya también su decir.

Dentro de estas claves culturalistas, que nunca se sobrepone al decir lírico (meditativo y rememorativo), y, por tanto, no lo ocultan ni ensombrecen, hay —debido a las claves amorosas del poemario— un implícito homenaje a Petrarca, que se explicita en uno de los poemas finales (“Homenaje a Petrarca”), en el que, dirigiéndose al poeta de Arezzo, le expresa con gratitud: “Eres mi *Laura*, / por la cual he escrito / este Cancionero”. Y la mayor gratitud que expresa hacia el autor del *Canzoniere* es “que has hecho brotar / el Amor de mi tiempo yermo”. Y es que, en ese tiempo yermo de la vejez, el ser humano también necesita la iluminación y el sentido que el amor a todo existir otorga.

La profesora María Pilar Panero García, en un texto introductorio, breve y al tiempo esclarecedor, que sitúa muy bien esta obra en las coordenadas de madurez del autor, entre Eros y Thanatos, pero dentro de una incuestionable dinámica de la temporalidad, nos proporciona las claves necesarias para adentrarnos en la lectura de esta obra del gran antropólogo italiano Luigi M. Lombardi Satriani, que, fallecido poco tiempo después de su traducción al castellano (nos parece lograda y ajustada, además de perfectamente inteligible, la versión de María La Grotteria), se ha terminado convirtiendo, ¡ay!, en su testamento poético. El decir vence a la muerte.

JOSÉ LUIS PUERTO HERNÁNDEZ
puertofernandez@yahoo.es